

El Instituto Laboral de Daimiel, obra importante de Miguel Fisac

El maestro Azorín cuando anduvo la ruta de Don Quijote, para dejarnos aquellas páginas bellísimas sobre nuestros pueblos y nuestros hidalgos, no se adentró en el campo de Calatrava. Es curioso que el maestro y los demás escritores que han venido a buscar en nuestra llanura el alma de Don Quijote, no hayan sentido interés por las tierras de Calatrava, siendo como son las más quijotescas de la Mancha.

Ello es explicable porque Cide Hamete omitió, no sabemos por qué, en el relato de la vida del Caballero, que transcribió Cervantes, el contarnos sus andanzas por Daimiel, Almagro y Calzada.

Todos sabemos que nuestro Caballero tuvo una gran predilección por estos campos fronterizos de Calatrava, donde debió escuchar increíbles consejos sobre moros y judíos.

En Almagro, capital de la Orden, que se mantuvo en rebelión contra la Corona en la centuria anterior, debió recordar fontanalmente las hazañas de los últimos Calatravos, más deslumbrantes que las de Amadís y demás caballeros aventureros, que después habían de sorberle el seso.

También el enorme recinto amurallado del castillo de Calatrava en Calzada, fué conocido por nuestro Caballero, y sus patios de armas, sus fosos y torreones, excitaron de tal forma su imaginación, que luego ya creyó verlo en todas las ventas y ventorrillos del camino.

Aquí, en Daimiel, estuvo también el bueno de Alonso Quijano por exigencias de su hacienda: quizá tuvo necesidad de comerciar su pequeña cosecha de cereales y de vino o, quizá, quiso probar su galgo corredor en las cacerías de liebres, tan en boga entonces en Daimiel, a través de sus olivares y viñedos imcompares.

Como decía al principio, el maestro Azorín por ignorar estos hechos, no se sintió atraído por Daimiel y los demás pueblos de Calatrava, y por ello, no pudo conocer en el casino de Daimiel a D. Luis, a D. Ricardo, a D. José, a don Felipe, a D. Enrique, a D. Ramón, tan buenos hidalgos todos ellos como aquellos de Campo de Criptana, que dejaron huellas entrañables en el recuerdo del escritor.

Estos estupendos hidalgos manchegos, mis amigos, no saben que Don Quijote,

vivió realmente entre nuestros abuelos y está enterrado en nuestras tierras; verdad tan cierta como la luz del sol, que nos enseñó Don Miguel de Unamuno, y conocida de siempre por Miguel Fisac, que ahora ha desconcertado a sus paisanos con ese quijotesco y genial edificio, que es el Instituto Laboral de Daimiel.

Digo, que ha desconcertado a sus paisanos, mis amigos entrañables, D. Luis, D. Ricardo, D. José, D. Enrique, D. Felipe y todos los demás, porque ellos, que son grandes filósofos de la realidad



D. Miguel Fisac Serna

— juegan al tute, plantan viñedos y conocen como nadie el arte de enfriar el vino en las cantarinas aguas de las norias — hubieran querido ver alzarse en su llanura, el gran edificio urbano que causase la admiración de propios y extraños.

Pero, he aquí, que Miguel Fisac no construye en el edificio el pórtico esperado, con sus columnas jónicas, de mármol artificial, con sus escalinatas y con una fuente central, que tan bonita, hubiese resultado. Miguel Fisac, concibe y realiza el edificio sin fachada, y hasta sin puerta, en lo que naturalmente, parecía que había de ser entrada principal, por mirar a la carretera.

Yo he visto a mis amigos de Daimiel, rasgarse las vestiduras por este hecho in-

«El Instituto Laboral ha transformado el concepto tradicional sobre el fin docente de un Centro del Estado»

(Arriba, 5 junio 1953)

sólito, y por eso les invito a unos instantes de reflexión:

Cierto que no tiene fachada el Instituto Laboral, ni pórticos ni escalinatas, porque su mejor fachada, es la llanura, que se adentra por sus enormes ventanales, con la luz radiante de la mañana y toda la policromía de sus trigales verdes y sus tierras pardas.

Hay un realismo volitivo, centrífugo, de dentro a fuera, en esta concepción, que pugna con la manera tradicional de entender la belleza que entra por los ojos, porque la belleza de este edificio fluye de la inteligencia y del espíritu, y necesariamente subyuga apenas que uno se compenetra con la obra, concebida tan en armonía con el paisaje.

El genio, como dijo Unamuno, es la individualización del alma de un pueblo, y Miguel Fisac con evidente mensaje quijotesco, individualiza el alma de la llanura en que nació, para hacer poesía con su arquitectura.

Ahí está, como un poema de infinita ternura, como un canto a lo recoleto y a lo místico, su claustro de la Iglesia del Espíritu Santo de Madrid. Y es un soneto a la Mancha, ese pequeño patio interior del Instituto Laboral de Daimiel, enjalbegado y bíblico, con la higuera y los jeranios, prolongación ingenua y espontánea de los patios caseros de los escolares, que han de recibir sus enseñanzas en este ambiente tan grato y tan auténtico.

Esta es, a nuestro entender, la verdadera arquitectura social, la que deja a las gentes en su ambiente, sin transportarlas a medios deslumbrantes de falsas ornamentaciones.

Por ello, el Instituto Laboral de Daimiel, con su fachada de llanura y de noche estrellada, con sus patios y porches de cortijo manchego, y sus aulas de gran Universidad americana, es una de las obras más bellas de nuestro paisano Miguel Fisac, el arquitecto que conoce las necesidades de su tiempo, se empapa de las mismas, y después las realiza sin transigir con el tópico.

Y para terminar, yo invito a todos mis entrañables y buenos amigos de Daimiel, a que abandonen una crítica tan fácil y poco fundamentada y con visión quijotesca, salgan a la Carretera del Carmen, para obligar a todos los Bachilleres Carrasco, que pasen por el camino, a confesar y defender esta verdad:

Que nuestro paisano Miguel Fisac, consagrado ya en Europa, ha logrado para su pueblo el Instituto Laboral más bello y genial, entre los de su clase, construídos en nuestro país.

FELIPE MORALES SIMAL.

Madrid, noviembre de 1953.